

# Jóvenes en la mirada de la institución. Las historias detrás del “Caso Factory”

Natalia Sierra\*  
Ecuador

El “Caso Factory” es el nombre con el que se denomina a la tragedia ocurrida en la discoteca Factory, en la cual murieron 19 jóvenes debido al incendio que se produjo en las instalaciones del centro musical el día del concierto de premiación a la mejor banda de música de rock gótico en el país.[1]

En el momento en que se da nombre a un hecho social, cualquiera que sea, éste cobra realidad, se hace, se construye, empieza a tener sentido. Así, el significante primero que nombre ese suceso es el que va a articular el sentido del mismo y a configurarlo como realidad social. El Caso Factory es el significante desde el que se construye el sentido, es decir el relato, de lo sucedido el 19 de abril. Cuando este enunciado se hace presente en nuestra mente, sea por que lo oímos o lo leemos, de manera inmediata aparecen junto a él un conjunto de otros significantes como Rockeros, jóvenes, góticos, drogas, satánicos, muerte, anarquía, irresponsabilidad, instituciones, Estado, exclusión, etc., que dependiendo de la conexión que tengan con el significante rígido van articulando una cadena de significación que es la que establece el significado del Caso Factory. El significado de un hecho que termina por imponerse socialmente, es decir que lo hace realidad, depende de al menos dos cosas: a) quien tiene la voz para nominarlo, y, a partir de ahí, ir haciendo las conexiones significantes y tejiendo el sentido que éste tendrá en la conciencia de la gente, y b) ligado a lo anterior, quien o quienes tienen los canales de transmisión discursiva que permita que el discurso sobre el hecho pueda socializarse y de esta forma convertirlo en realidad socialmente aceptada.

Inmediatamente después del acontecimiento en la discoteca, fueron los medios de comunicación masiva los primeros que nombraron lo sucedido, lo cual es obvio, no solo por el poder que éstos han acumulado en torno a la privatización de la voz social, sino, incluso, por el tipo de significantes rígidos que utilizan para construir la realidad social. El “Caso”, palabra, coincidentalmente muy relacionada, o más aún, muy usada por el lenguaje policial; el Caso Restrepo, el Caso Consuelo Benavides, el Caso Fybeca, etc., así podríamos seguir enumerando los casos policiales y mass-mediáticos. Es curioso este parentesco entre el discurso de la policía y de los medios de comunicación de masas, siempre me he preguntado si es pura coincidencia o hay alguna alianza estratégica “escondida” en esa familiaridad. Creo que una mínima mirada de sospecha descubre en ese parentesco discursivo una articulación de poder que expresa el monopolio de la palabra y el sentido, que en definitiva es el monopolio de la construcción de la realidad social a partir del control y manejo del discurso.

Ahora bien, ¿qué es un Caso? el significante caso es un marcaje abstracto de un acontecimiento social, digamos en términos del lenguaje común, una etiqueta que le ponemos a un hecho social y que implica marcar un tipo de relaciones para captar el movimiento social desde la lógica policial. Las relaciones marcadas se van a repetir y en su repetición van a generar un patrón de entendimiento del acontecer social, cuya característica básica es lo resumido breve rápido y conciso del mismo, es decir que el acontecer social, cualquiera éste que sea, se reduce a su mínima expresión en la perspectiva de garantizar su control. Poner a un hecho social el membrete de Caso es la mejor manera de reducir su complejidad y en este sentido la peligrosidad que una aprehensión social distinta del mismo puede acarrear. Ya etiquetado un hecho social como Caso supone su investigación policial o periodística, para lo que nos ocupa da lo mismo. En la cantidad de Casos que la policía y los medios de comunicación manejan uno más uno menos no hace la diferencia ni los diferencia, a no ser la espectacularidad buscada por los medios donde incluso la policía pasa a ser parte de los instrumentos con los que se garantiza el espectáculo mediático. La estructura es la misma en

todos los Casos, tanto en el discurso policial como en el mass mediático las relaciones marcadas son entre sujetos fijos, de hecho en el Caso no hay personas, sino víctimas, culpables y testigos, personajes de un discurso dramático de pésima calidad. La investigación del Caso tiene un tiempo para ser resuelto o archivado, en lo que tiene que ver con la policía, y en cuanto a los medios un tiempo para aprovechar su impacto mediático hasta su desgaste definitivo. En cualquiera de los dos espacios y discursos, el Caso tiene un tiempo de vida corto, luego es archivado, es un Caso archivado y nadie más se acuerda de él y menos, mucho menos, de las personas que fueron invisibilizadas en el Caso.

Para el discurso cerrado, totalizador e intachablemente lógico de la academia, los acontecimientos sociales son un Tema, tienen que ser tematizados sino no son de interés para el ámbito académico. Ser Tema de investigación académica implica la conversión del acontecimiento social en objeto de estudio, de lo contrario no es posible la acción del sujeto de conocimiento que se acerca al objeto para conocerlo. Ahora bien, desde la lógica científica de la academia las experiencias y las vivencias únicamente aportan datos sensibles que sirven de materia prima para la inteligencia teórica-científica, que es la encargada de reconstruir el hecho despojándolo de todo aquello que enturbie la objetividad de su discurso. Así el discurso académico necesita neutralizar la sensibilidad, esto es, la aproximación afectiva y personal al acontecimiento social, pues solo esto garantiza la validez de su discurso y en esa medida la validez de su verdad sobre el acontecimiento.

Por otra parte, desde tendencias generalizadas, para que la investigación académica llegue a buen término el sujeto de conocimiento tiene que mantener la distancia objetiva con su objeto de conocimiento, lo que significa que el proceso mismo de conocimiento no implica ningún compromiso anterior ni posterior a su propio compromiso que es el conocer objetivo del objeto. Es decir, no se establece ningún tipo de compromiso con las personas involucradas en el acontecimiento, porque eso implicaría un acercamiento afectivo a su objeto de conocimiento que malograría el buen resultado de la investigación. Este tipo de acercamiento al acontecimiento exige una prudente distancia sensible con el hecho, exigencia por la cual las personas quedan fatalmente borradas del proceso de investigación. Lamentablemente lo que no se quiere aceptar es que: "el intelegir es una modo de sentir y sentir es en el hombre un modo de intelegir"<sup>[2]</sup> que la sensibilidad es algo intelectual y no únicamente material bruto para la inteligencia racional.

El interés por el tema dura el tiempo de la investigación, cuando ésta ha concluido desaparece el interés y el tema, en el mejor de los casos queda recogido en un libro o como argumento para diseñar políticas de seguridad ciudadana, en el peor de los escenarios, que es el más común, es archivado en algún departamento de la academia entre cientos de informes de investigación.

Desde cualquiera de estos tres discursos el acontecimiento desaparece en lo dicho *que si murieron por rockeros, que si invocaron a la muerte, que es un castigo divino a los herejes, que si es culpa de ellos mismos por locos, satánicos, jóvenes irresponsables, que son víctimas de la irresponsabilidad institucional, que es culpa del municipio, que es culpa de los bomberos, que es culpa de los padres que nos saben que hacen sus hijos, que es culpa de la culpa*. A lo dicho se sumaron imágenes visuales disparadas sin criterio desde los medios: chicos vestidos de negro, escenas del concierto, del incendio, de cómo comenzó, transcurrió y terminó el mismo, gritos y dolor espectacularizado, entrevistas a padres, amigos y vecinos de los jóvenes muertos, comentarios de expertos sobre el Caso, etc. Todo este espectáculo nos bombardeó durante algo así como tres semanas luego el espectáculo mediático terminó y el Caso se archivó. Lo dicho sepultó el acontecimiento y con él las personas y sus historias, lo dicho no permitió oír el decir.

Mucho me he preguntado como romper esta espesura viscosa de las imágenes mediáticas y de los análisis objetivos sobre el acontecer social, y sobre todo cuando ellos implican tragedias humanas, pues tanto el uno como el otro evitan a toda costa que la tragedia, como hecho real, nos afecte, nos golpee, nos duela. Esta viscosidad mediática y discursiva es algo así como un enorme colchón que amortigua el impacto de la tragedia, para que el otro que la haya sufrido no nos invada y se mantenga a una distancia apropiada para que su dolor no nos llegue. Tan efectivo es este sedante del Caso o del Tema para la psiquis social, que a pesar

de estar tan cerca de los jóvenes y su tragedia, la vida continua como si no hubiese pasado nada, como si no pasara nada todos los días que la TV nos muestra guerras, hambre, desastres, muertes, etc.

Lo que se dijo sobre la tragedia en la Factory, tuvo que ver con imágenes huecas, datos, cifras, temas de orden técnico y mediático: que el número de muertos, que las deficiencias técnicas del local, que las causas del incendio, imágenes, más imágenes, cifras y más cifras que encubre al joven de carne y hueso que sufrió y pereció en la tragedia. De esos jóvenes que murieron poco se dice y poco se sabe, se han invisibilizado, han dejado de existir como persona para convertirse en una imagen visual del espectáculo mediático, en un dato de los informes policiales y en una cifra de las investigaciones sociales.

Estos discursos tratan al otro como objeto del interés científico, policial y mediático, su mirada árida impide que nos impliquemos con la vida del otro, con su humanidad dolida. Es una mirada que no pasa por el otro, sino a través del otro, es decir no incluye la mirada del otro sino que usa al otro para construir su propia mirada, que no es otra cosa que la mirada del amor al prójimo con distancia o prudencia, pues

*[...] es fácil amar la figura idealizada de un prójimo pobre e indefenso, el hambriento africano e indio, el joven rockero, por ejemplo; en otras palabras es fácil amar al prójimo mientras este se encuentre suficientemente lejos de nosotros, mientras exista una distancia conveniente que nos separe. El problema se plantea en el momento en que se nos acerca demasiado, cuando comenzamos a sentir su sofocante proximidad: en ese momento en que el prójimo se nos revela en demasía, el amor puede convertirse súbitamente en odio.*<sup>[3]</sup>

Ese suficientemente lejos lo garantizamos con el espesor del discurso académico o de la imagen mediática, pero yo propongo quebrar ese espesor y acercarse a la sofocante proximidad del otro, esa que cuestione nuestra vida estable.

Ahora, yo quiero regresar al punto exacto previo a que el acontecimiento del 19 de abril haya sido convertido en Caso o Tema, es decir antes de que se le haya dado un nombre, antes de que se lo haya enunciado, cuando aún no existía en el discurso, cuando era experiencia, digamos vivencia en el tiempo aquí y ahora. Desde ese instante aún no significo quiero hacer otro relato, desde otra mira distinta a la policial, a la mediática y a la académica. Para empezar voy a evitar un significante que designe el acontecimiento y que neutralice la experiencia de lo sucedido. Quizá la única palabra que abre el intelecto sentiente sea personas; las personas que se encontraban en ese instante, las personas que asistieron a su último concierto, que antes y después de ser jóvenes, rockeros y góticos, son historias personales singulares, distintas, únicas e irrepetibles, entonces rostros no neutralizables ni abarcables en un caso o un tema.

Recuerdo el decir de la gente que conoció, habló, se topó, miró a esas personas, decir de sus quereres, deseos, miedos, angustias, alegría, broncas, decir de sus gustos musicales, de sus capacidades e imposibilidades musicales, de sus opciones identitarias, de su curiosidad por lo gótico, decir de sus hijos, de sus hermanos, de sus padres y amigos, decir simplemente decir, no interpretar, no ordenar, no clasificar ni juzgar. En el decir no hay un fin, un objetivo, una intención ni un interés por fuera del decir, solo el decir mismo que trae al presente la añorada ausencia.

El decir, simplemente decir no es solemne como la academia, ni dramático como la policía, ni espectacular como los mass-medias y justamente por esto no oculta, no invisibiliza ni domestica el acto y el acontecer humano. El decir que no busca entendimiento, ni resolución, ni impacto, solo cuenta, relata, y por lo tanto pone en su centro a la persona, no una imagen, un argumento o una cifra. En el decir no hay jóvenes irresponsables, no hay rockeros satánicos, ni herejes, ni culpables, ni víctimas, hay personas que por múltiples factores de corresponsabilidad social encontraron anticipadamente la muerte. Aunque no se si la muerte llega de manera anticipada o llega simplemente cuando llega, sin opción para preguntarse por la posibilidad de su no llegada.

El acontecimiento del 19 de abril, que bien puede ser pensado como una tragedia pues trajo

conflictos, sufrimiento y dolor, se convirtió en interés público por los muertos que el incendio provocó. Como siempre fue necesaria la muerte para llamar la atención social, su llegada inesperada destapa aquello que la sociedad oculta, trae con su acto lo que no se quiere mirar, quizás por eso produce tanto temor cuando aparece *sin aviso*. Me pregunto ¿Qué destapó la muerte de esas jóvenes personas el día 19 de abril? Quizás el carácter de una sociedad excluyente y conservadora que no quiere mirar sus debilidades, sus falencias, sus violencias, quizás por eso de inmediato los medios de comunicación domesticaron la tragedia en un discurso que claramente intentaba dejar intacta la imagen que la sociedad tienen sobre sí misma. Recuerdo que los medios abrieron “debates” sobre lo ocurrido, obviamente sobre ideas puestas previamente por los noticieros que informaron el acontecimiento. “Debates” que giraba en torno a la causa del incendio, los culpables del desastre, el rock, el satanismo gótico, la irresponsabilidad de los jóvenes rockeros, etc. y, sobre todo en torno a imágenes visuales donde se mostraba imágenes del concierto, los jóvenes asistentes, los cantantes en escena, imágenes del incendio, los cuerpos de las víctimas, el dolor de los familiares, etc., supuestamente imágenes del hecho puro y real, pero no es difícil saber que toda toma tiene un sesgo, una intención, y no se diga la edición de las imágenes que se hace antes de presentarlas al público. Así el debate estaba marcado, guiado, conducido, debate sobre lo ya Dicho.

Ahora bien, de todas las ideas que el espectáculo mediático puso a circular en torno a lo sucedido en la discoteca Factory la más recurrente y la que marcaba el orden del discurso era la contenida en la pareja víctimas-culpables. Así, se buscaban los culpables o responsables del hecho, se lanzaba acusaciones a personas e instituciones buscando un chivo expiatorio a quien sacrificar para que todo vuelva al orden y salvar la coherencia de la sociedad. *Qué si el Alcalde y el Municipio eran los responsables, que si los dueños de la discotecas, que los organizadores del concierto, que los bomberos, que los propios chicos y sus gustos satánicos.* De todos estos posibles responsables, digamos culpables, fueron los últimos los escogidos como chivo expiatorio, pues es el sacrificio de la propia víctima lo que garantiza la vuelta del orden social.

Si miramos con atención el sesgo de las imágenes y los comentarios que se pusieron a circular no es difícil darse cuenta que estaban dirigidas a culpabilizar a la víctima, aunque claro está de manera oculta. Al final de toda la discusión mediática, terminaron por ser los jóvenes rockeros las víctimas y los culpables, culpables de su propia muerte.

En el primer momento del espectáculo mediático se barajaron nombres de posibles culpables “externos” a lo sucedido, responsabilidad que de sostenerse hubiese abierto otras interrogantes sobre la tragedia que lleven el análisis más allá de hecho coyuntural espectacularizado, y topen problemas fundamentales de la sociedad que podían cuestionar el orden dado. Esos primeros “culpables” no eran fácilmente sacrificables (en el caso de las instituciones del Estado y sus representantes) o su sacrificio era intrascendente (en el caso de los dueños de la discoteca) y en esa medida no válido. El culpable tiene que ser alguien que cumpla el papel de víctima sacrificial, ya que por medio de su sacrificio permite el retorno del orden social. Construir un culpable permite concentrar el mal social para que éste no se extienda y ponga en severos riesgos la marcha normal de la sociedad, concentrado el mal se procede a eliminarlo en el ritual sacrificial de la víctima-culpable y con su muerte todo vuelve al orden social vigente. Toda esta institución del sacrificio muestra claramente el mecanismo de poder inherente a ella y su efectividad en el control social.

Construir una víctima-culpable es un proceso complejo que tiene que garantizar que la misma sea alguien que ciertamente pueda concentrar los males que aquejan a la sociedad, pero al mismo tiempo su sacrificio no puede poner en riesgo el orden social, pues de lo que se trata es de sostenerlo. Para el hecho analizado el sacrificio va a ser fundamentalmente simbólico, esto es la víctima-culpable tiene que ser sacrificada en su dimensión simbólica, pues solo eso va a permitir la restauración del orden institucional. Si recordamos el juego visual que pusieron en marcha los medios de comunicación es posible rastrear el proceso de construcción del culpable. Enfoques de primer plano a chicos vestidos de negro y, sobre todo, a sus rostros pintados con la estética gótica, tomas del concierto cuando un músico cantaba y hacía alusión a la muerte, la misma que la repitieron sistemáticamente, etc., a estas imágenes manipuladas se sumaron debates en varios medios en torno al problema del rock y del satanismo, de lo gótico y la muerte que nada tenía que ver con la tragedia sucedida ni con las causas de la

misma. En este enredo mediático, la mirada era, cada vez más, dirigida a lo jóvenes rockeros, a sus “prácticas extrañas”, a su gustos musicales y a su irresponsabilidad ligada, obviamente, a su opción musical y estética y a su particular identidad juvenil.

Ahora bien, ser víctima sacrificial implica la aceptación de la culpa por parte de la víctima y si miramos rápidamente podemos decir que los jóvenes rockeros no aceptaron su culpabilidad y de hecho en términos prácticos y puntuales fue así. Las acciones que realizaron los jóvenes rockeros en torno a la tragedia, sus declaraciones en los debates mediáticos, la marcha y el concierto de solidaridad mostraron una intención clara de no aceptar la responsabilidad del incendio y sin embargo se aceptó algo más fundamental.

De lo que conozco sobre el imaginario de los jóvenes rockeros, entendiéndolo claro está que es un sector social bastante heterogéneo, existen ciertos referentes comunes que los identifican como tales. El apego por la música rock en los distintos estilos de ésta, la necesidad de diferenciarse del resto de la sociedad a través del vestido, de la música y de ciertos símbolos como el color negro, son las características más visibles que cualquier persona puede observar. Todo esto está articulado a una manera particular de ver el mundo y de situarse en la sociedad, que si bien no es algo absoluto en los rockeros, si está muy extendido y aceptado en su medio, me refiero básicamente a una relación de inconformidad con la sociedad, la misma que se expresa de distintos modos según el grupo o la circunstancia. Esta inconformidad con el orden social unas veces se muestra en su rechazo a la institución y dentro de ésta básicamente a las instituciones represivas como la policía y el ejército, rechazo al autoritarismo y en algunos casos a la autoridad en general, sobre todo si ésta está vinculada con instituciones públicas estatales, rechazo a la masificación de su música y sus estilos culturales, aunque esto es bastante ambiguo. Desde el lado no negativo sino afirmativo, los rockeros han gustado mucho del mundo subterráneo, de las cosas semiclandestinas, de la “elitización” de su música, si por esto se entiende lo que denominan “no berrear” la música, es decir no volverla masiva y vulgar. A los rockeros por lo general les gusta cierto tipo de guetificación, de ahí que sus conciertos, por lo general, sean cerrados, con poco público y en lugares “escondidos”, en la perspectiva de cuidar su identidad musical y estética.

De hecho, si bien es cierto que la sociedad hasta hace poco ha excluido a las identidades culturales no hegemónicas o masivas, es también cierto que, hasta hace poco, los jóvenes rockeros se autoexcluían de la sociedad, pues eso era parte de su relación de inconformidad crítica con la misma. Se puede hablar de que existía una mutua exclusión y quizás eso era lo más interesante de la relación de los rockeros con la sociedad, el hecho del sujeto excluido no quería y por lo tanto no pedía una integración simbólica plena al orden social. Esta autoexclusión se manifestaba, entre otras cosas, en sus prácticas musicales subterráneas, en que sus conciertos no se realizaban en los sitios institucionalizados de los grandes escenarios, ni eran publicitados en los medios de comunicación masiva, todo lo contrario, ocurría en los márgenes, en las zonas menos iluminadas de la sociedad.

Volviendo a lo sucedido, es cierto que la tragedia en la Factory, como toda tragedia, tiene sus causas y sus responsables, pero esto nada tiene que ver con el rock, ni mucho menos con los rockeros, y mucho, mucho menos con la autoexclusión que muchos grupos de rockeros asumen como forma de rechazo a un orden social con el cual no está de acuerdo. Visto desde esta perspectiva no se si el problema se resuelve en que la institucionalidad estatal incluya a los jóvenes rockeros en sus planes y política públicas como beneficiarios de “escenarios seguros”, de publicidad y presupuesto. Esto estaría bien si con esto no se estaría sacrificando uno de los fundamentos de la identidad del grupo juvenil, si con esto no se está hipotecando la fuerza contracultural que en un tiempo fue característica de los movimientos juveniles ligados a la música Rock.

Será que la sociedad acepta a una parte de ella que la cuestiona en su fundamentos más importantes como su estructura jerárquica y autoritaria o en su lógica mercantil y consumista? ¿Será que como sociedad estamos dispuestos a recibir y acoger al otro sabiéndolo distinto y sin pretensiones de asimilarse a las identidades hegemónicas, que no tienen que ver con los contenidos musicales o culturales, sino con la forma de situarse frente a la propia sociedad? O quizás la sociedad no puede perdonar el “error”, digamos la “culpa” de los jóvenes rockeros, la culpa de negarse, hasta ahora, a integrarse plenamente al orden

social. Esa es su culpa, son culpable y víctimas sacrificales, pues solo en la renuncia de su automarginación es posible retomar el orden social normal en el cual nada puede quedar por fuera del control institucional, digamos del panóptico social.

Cabría preguntarse si lo que se quiere es integrarse a la sociedad y recibir todos sus beneficios o cambiar a la sociedad y todos sus males?

## **Bibliografía**

Buber, Martín, *Qué es el hombre*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Zizek, Slavoj, *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

Zubiri, Xavier, *Inteligencia Sentiente*, Madrid 1980.

---

\* Socióloga, Profesora de la escuela de Sociología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

e-mail: BSIERRAF@puce.edu.ec

[1] Ocurrido el 19 de abril de 2008, en el sur de la ciudad de Quito.

[2] Xavier Zubiri, *Inteligencia Sentiente*, Madrid 1980, p. 12-13

[3] Zizek, Slavoj, *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1994, p.105. El subrayado es de la autora.

**Programa Andino de Derechos Humanos, PADH**  
**Toledo N22-80, Edif. Mariscal Sucre, piso 2**  
**Apartado Postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador**  
**Teléfono: (593 2) 322 7718 • Fax: (593 2) 322 8426**  
**Correo electrónico: padh@uasb.edu.ec**